

## INTRODUCCIÓN

### «¿Qué hago yo aquí?»

*Cárcel de Bagram, noviembre de 2002*

Cuando una costilla se rompe produce un ruido sorprendentemente fuerte. Un «crack» nítido que se oye incluso por encima de los gritos del preso y de los insultos que le dirigen los torturadores. Un sonido que hace que el soldado Damien Corsetti levante los ojos del libro que está leyendo y vea a un hombre vestido en ropa de calle —vaqueros y una camisa— sentado sobre otro, que está desnudo. Así es como le ha roto la costilla.

El hombre desnudo no tiene esposas ni ninguna restricción, como si los torturadores quisieran hacerle creer que tiene libertad suficiente para atacarles, aunque en la práctica está indefenso. Al contrario de las celdas normales de la cárcel, que están muy iluminadas, la sala es muy oscura. Pero, aun así, los

ojos de Corsetti se cruzan con los del hombre. Es algo que le pasa a menudo. Cuando torturan a alguien, la víctima le mira a los ojos. Tal vez sea porque él no participa en los apaleamientos, así que el preso cree que él es el jefe y puede hacer que la escena se detenga. Son unas miradas que Corsetti sabe que seguirán en su cabeza hasta que se vaya a la tumba.

Pero Corsetti no puede parar nada. Cuando accedió a participar en estas sesiones, el mayor Dyer le dejó bien claro que su trabajo sería evitar que los presos murieran, o sea, prestar primeros auxilios en caso de necesidad. Por ejemplo, practicarles la respiración artificial. El resto del tiempo tendría que jugar a que es un mueble, aunque piensa: «Es como si me hubieran mandado a una clase práctica para ver hasta dónde puede resistir un ser humano sin morirse».

Él no es nadie en la celda número cinco, en la que se llevan a cabo los interrogatorios secretos a los presos que oficialmente no están en Bagram. No puede dar ninguna orden, a pesar de que, después del «crack», tiene miedo de que maten al hombre. Como es habitual en estos casos, Corsetti está sentado en una silla y tiene un libro. Es *Trampa 22*, paradójicamente una novela antibelicista, y trata de sumergirse en él durante la sesión de tortura.

Con el rabillo del ojo, Corsetti ve cómo los tres hombres que toman parte en la tortura —los acompaña un médico o un psiquiatra que solo da órdenes de vez en cuando y les dice lo que deben preguntar al preso— levantan al detenido con cuidado y le ponen una capucha en la cabeza. Entonces, le empiezan a pegar. El soldado piensa que eso es particularmente cruel, porque el preso ignora de donde vendrá el próximo puñetazo.

Como tiene una costilla rota, muchos de los golpes son patadas en los testículos. Aunque sus ojos no están pendientes de lo que ocurre, Corsetti oye todo, y una vez más se maravilla ante la capacidad de resistencia del ser humano.

El médico o psiquiatra examina brevemente al herido, le toma el pulso y dice: «Seguid». Su intención no era partirle una costilla, pero ese accidente no detiene la tortura. A Corsetti le sorprende que sean médicos los que dirigen estas sesiones. «¿No será una violación del Juramento Hipocrático?», se pregunta. Corsetti no logra pensar con claridad, y menos concentrarse en el libro. Los gritos del hombre vuelven con los golpes y con los insultos de los otros, en árabe, o en pastún, o en dari, o en sabe Dios qué idioma. Tiene la impresión de que siempre le repiten la misma pregunta y de que el hombre siempre contesta lo mismo.

Después de dos horas de paliza, la sesión acaba. Dos policías militares entran y se llevan al preso, cubierto de magulladuras, arrastrándolo por los pies. Uno de los torturadores se dirige a Corsetti: «Todo bien, ¿no?». «Todo bien, señor, ningún problema», responde, como si no le importara lo más mínimo lo que acaba de ver y oír.

A continuación, Corsetti sale de la celda número cinco y se va a la azotea. Saca del bolsillo una «piedra» de hachís que ha comprado en un pueblo vecino y empieza a fumar porros, uno tras otro, para intentar olvidar. A veces toma pequeñas «chinas» y se las come directamente. Mientras la droga le hace efecto, contempla las pistas de Bagram, con sus aviones soviéticos bombardeados y reducidos a escombros, el desierto y las lejanas montañas del Hindu Kush, y se pregunta: «¿Qué coño hago yo aquí?».

Al cabo de un rato, completamente drogado, Corsetti baja de la azotea, sale de la cárcel y se va a la tienda de campaña donde vive con otros seis camaradas de armas. Mientras camina sobre la arena del desierto, sigue planteándose: «Yo no soy un interrogador. Soy un soldado de la Inteligencia Militar de 23 años, y solo han pasado dos años desde que me alisté en el Ejército».

Se siente extraño. Pero no está de mal humor. Está cumpliendo con su deber. Solo un soldado de a pie de la máxima confianza, como él, puede ser autorizado a ver estos interrogatorios secretos a presos oficialmente desaparecidos. Eso indica que está haciendo bien su trabajo. Que está defendiendo a su país, aunque no acaba de entender del todo qué tiene que ver el patriotismo con apalea a alguien. Pero él no es nadie para cuestionar nada. Los generales y los altos funcionarios civiles que llaman constantemente a Bagram preguntando cómo van los interrogatorios saben lo que tienen entre manos.

Así, gracias a esos pensamientos y al hachís, Corsetti está tranquilo. O, al menos, insensible. Ni siquiera se pone de mal humor cuando entra en la tienda y se encuentra con uno de los intérpretes afganos mirando sus revistas porno. «¡Cabrón, fuera!», le grita al hombre. El afgano se disculpa y abandona el lugar, aunque no muy deprisa.

Corsetti se tumba en su cama, que es una mezcla de un colchón de gomaespuma muy delgado cubierto con lana afgana y varias de las mantas con escenas de dibujos animados que el Ejército da a los soldados. Mira con cuidado por si hay algún ratón, un escorpión venenoso o alguna «araña-camello». Se lía otro porro, se pega un trago de cerveza Fax y vuelve a preguntarse: «¿Cómo coño he llegado aquí?».